

RECUERDOS DE MI *ALMA MATER*: UN POCO DE MEMORIA ACERCA DEL DEPARTAMENTO DE MÚSICA DE LA UNIVERSIDAD EAFIT CON MOTIVO DE SU VIGÉSIMO ANIVERSARIO

MEMORIES OF MY *ALMA MATER*:
REFLECTIONS ON THE DEPARTMENT OF MUSIC
OF EAFIT UNIVERSITY ON THE OCCASION
OF ITS TWENTY-EIGHTH ANNIVERSARY

Juan Fernando Velásquez Ospina*
DOI: 10.17230/ricercare.2018.9.3

* Doctor Musicología con mención en Estudios en Culturales y Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Pittsburgh. También es Músico con énfasis en Violín (2005) y Magister en Música con énfasis en Musicología Histórica de la Universidad EAFIT (2011). Sus textos han sido publicados en *Artes la Revista*: Revista de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, el *Boletín de Música* de Casa de las Américas, la Editorial Pontificia Universidad Javeriana y *Latin American Music Review*.

Resumen

En esta crónica se hace un breve recuento de algunas de las experiencias que el autor tuvo entre 1999 y 2013. En ella, se narran los primeros años del Departamento de Música desde la perspectiva de estudiante, docente, investigador y miembro de la orquesta Sinfónica EAFIT, mientras se recuerdan algunos de los personajes y los procesos que contribuyeron a la creación y consolidación de dicho Departamento.

Palabras clave: Departamento de Música Universidad EAFIT, Grupos de Investigación, Orquesta sinfónica EAFIT, Pregrado en Música, Maestría en Música.

Abstract

This chronicle presents a brief recount of some of the experiences that the author had between 1999 and 2013. In it, the Music Department's first years are narrated from the perspective of a student, teacher, researcher, and member of the EAFIT Symphony Orchestra, while recalling some of the people and processes that contributed to the creation and transformation of said Department.

Key words: Music Department at EAFIT University, Research Groups, EAFIT Symphonic Orchestra, Undergraduate programs, Master in Music.

Antes de iniciar este breve texto, quisiera agradecer la amable invitación planteada por Jorge Gaviria para participar en esta edición especial de la revista *Ricerca*, que se publica con motivo de la celebración de los veinte años del Departamento de Música de la Universidad EAFIT. También quiero aclarar que en este texto es un ejercicio de memoria en el que no busco ofrecer una historia extensa o detallada de la historia de dicha dependencia y que por ello es probable que de manera involuntaria pase por alto los nombres de algunas personas que han estado presentes a lo largo de estos veinte años de actividad, por lo cual me disculpo de antemano. Así, en las próximas páginas lo que haré es un breve recuento de algunas de las experiencias que tuve en los años en que tuve la fortuna de ser estudiante y docente en el Departamento de Música.

Por último, antes de iniciar mi recuento quiero agregar que este pequeño ejercicio de memoria, con todo y sus limitaciones, es un homenaje a quienes fueron mis maestros, colegas y alumnos; espero que en las siguientes páginas mis palabras hagan un justo reconocimiento, tanto al profundo y positivo impacto que ellos tuvieron, no solo en mi formación y crecimiento personal y profesional, sino en su contribución a los cambios que la Universidad EAFIT ha experimentado en las últimas dos décadas y su papel en la transformación de la vida cultural de la ciudad y del país.

Los primeros años

Debo aclarar que no hice parte de la primera generación de egresados del pregrado en música, aunque si llegué al Departamento de Música cuando este aún daba sus primeros pasos. Al tratarse un programa que había sido creado un año antes de mi llegada, tuve la fortuna de ser un testigo de sus primeros años y de conocer e interactuar con sus primeros estudiantes y docentes.¹ Llegué a la Universidad EAFIT en 1999, atraído por un nuevo programa de música que, como me lo sugirieron los comentarios de Lorena Valencia, Antígona Vásquez y María Constanza Vélez, tres amigas que ya estaban inscritas en él, prometía transformarse en uno de los mejores de la ciudad y el país gracias al apoyo de la institución y a la calidad artística y humana de los profesores que hacían parte de él. De igual manera, me atrajo saber que dicho programa era el resultado de un cambio que estaba experimentando la universidad a finales de la década de los noventa bajo la guía de Juan Felipe Gaviria, quien ofreció un apoyo decisivo a un proyecto en el que, como lo explicaré más adelante, fue clave la participación de la maestra Cecilia Espinosa Arango.

1 A las tres primeras generaciones de estudiantes pertenecieron, entre otros, Andrés Gómez, Andrés García, Ana María Ordúz, Carlos Botero, Víctor Agudelo, Diego Arango, Julián Torres, Joy Doner, Kena García, Johana Ortégón, Natalia Valencia, Juancho Valencia, Mario Donadío, José García, David Hernández, Nicolás Guevara, Diana Cárdenas, Camilo Posada, Marcela Ospina, Juan David López, Carlos Toro, Sandra Pérez, Lorena Valencia, Juan David Santander, María Constanza Vélez, Johanna Campos, Reinaldo Saldarriaga, Ana María Vargas, Cristian Duque, Esteban Tangarife, Juan Pablo Agudelo, Luis Humberto Herrera, Carolina Morales, Lina Marcela López, Luisa Flórez, Catherine Correa, Camilo Toro, Juan Fernando Gaviria, Jorge Correa, Juan Fernando Ossa, Clara Marcela Marín, Juliana Rojas, Yimi Arley Giraldo, Pilar Yecenia Pérez, Natalia Henao, Ana María Escobar, Antígona Vásquez, Marcela Velásquez, Mónica Trujillo, Julián Botero, Simón Castaño, Carlos Ramírez y Claudia Arroyave.

No dudo que motivos similares atrajeran a muchos de aquellos condiscípulos que hacían parte de aquellas primeras generaciones del programa. *Grosso modo*, podría dividirse a los primeros estudiantes del departamento en varios grupos: el primero era un grupo de jóvenes recién egresados del bachillerato musical del Instituto Diego Echavarría, como Carlos Andrés Botero, Kena García, Ana María Ordúz, Johana Ortegón, Ana María Vargas, Julián Botero y Simón Castaño. El segundo estaba conformado por jóvenes que hacía poco tiempo habían terminado su bachillerato y habían adelantado estudios de música en otras instituciones, como Lina Marcela López, Luisa Fernanda Flórez, Carolina Morales, Juliana Rojas y Juan David Santander.

Otro grupo lo conformaban estudiantes que llegaron de otras ciudades, en especial del Eje Cafetero y los Santanderes, como Johanna Campos, José García, Carlos Ramírez, Cristian Duque y María Constanza Vélez, a quienes luego se uniría Andrés Felipe Jaime. También había un grupo de músicos que ya contaban con una considerable experiencia profesional pero que querían continuar su proceso de aprendizaje y obtener un título universitario, como Marcela Ospina y Claudia Arroyave. Por último, estábamos los que habíamos realizado estudios de música en otras instituciones pero que también adelantamos estudios en otros campos antes de tomar una decisión de dirigir nuestras carreras profesionales hacia la música, como Andrés Gómez,² Reinaldo Saldarriaga, Esteban Tangarife y Camilo Toro.

Junto a los Departamentos de Humanidades, Ciencias Básicas (que con posterioridad se dividió en los de Ciencias Matemáticas y de Ciencias Físicas), el Departamento de Música fue uno de los primeros en hacer parte de la recientemente creada Escuela de Ciencias y Humanidades, dirigida en aquel momento por Mauricio Vélez Upegui. Dicho período un cambio y crecimiento marcó los primeros años que pasé en el Departamento de Música. De hecho, en aquella época pude apreciar cómo para algunos docentes y estudiantes de otros programas los estudiantes de música en forma paulatina dejamos de ser unos personajes entre exóticos y pintorescos, para convertirnos en una parte habitual del panorama de una universidad que estaba creciendo.

Una de las muestras más significativa del apoyo que la institución daba al joven programa fue la construcción del edificio que hoy alberga el Departamento de Música. La construcción, terminada en 1999 y al que luego nos referiríamos cariñosamente como “el bloque 30”, fue para muchos de mis compañeros un cambio más que bienvenido, en especial para aquellos que recordaban el efecto somnífero del sofá en el aula en que se dictaban las clases de Historia de la Música y las limitaciones que compartir el hoy desaparecido edificio del Centro de Idiomas imponía forzosamente al tiempo de práctica, a pesar de la vehemente defensa que de él siempre hacía la maestra Cecilia, quien fue no solo la primera jefa del Departamento de Música, sino también

2 Por ejemplo, recuerdo de cuanta utilidad fueron los conocimientos de Andrés Gómez sobre medicina cuando hubo un brote de gripe en el departamento y algunos le preguntamos qué podíamos tomar para pasar el malestar. Claro que este no era el único motivo por el que podía verse a los estudiantes en busca de Andrés, porque sus brownies y las galletas escocesas de Joy Donner eran una parte básica de la dieta de todo estudiante del departamento hacia 2001.

el cerebro y el corazón detrás de su creación y la de otra institución que ha sido clave en la formación de músicos y audiencias, incluyéndome: la Orquesta Sinfónica EAFIT.

Como antes lo indiqué, llegué al Departamento de Música en el momento en que ya contaba con un edificio propio, con salones a los que llegaban ayudas tecnológicas (como unos computadores Apple, que en su momento fueron motivo de envidia entre amigos que estudiaban en otros programas) y que estaban especialmente adaptados a las necesidades de los estudiantes y docentes, además de algo que muchos apreciábamos bastante: cubículos de estudio insonorizados que estaban disponibles para nosotros, incluso durante los fines de semana. Este fue un gesto con el que la universidad no solo expresaba su apoyo y compromiso con el programa, sino que también era manifestación clara de un voto de confianza en su crecimiento y su éxito. Claro que la adaptación al nuevo edificio no estuvo exenta de anécdotas; por ejemplo, recuerdo que como el aire acondicionado de la nueva biblioteca y el del edificio de música estaban conectados de alguna manera, durante determinados períodos el frío en los cubículos era tal que no era extraño ver a los estudiantes que tocaban sus instrumentos con guantes y chaquetas para hacer luego una breve pausa, tomar el sol y calentarse un poco.

Las clases que tomábamos en aquellos primeros años seguían un plan que estaba diseñado de tal manera que combinase teoría y práctica. Tuve la fortuna de contar con una formación teórica que, como he podido confirmarlo luego cuando viajé a España y a los Estados Unidos a adelantar estudios de posgrado, me ofreció unas bases sólidas que me han ayudado a ser el musicólogo que hoy soy. Recuerdo con particular aprecio las clases de teoría con Paulina Zamora y el maestro Gustavo Yepes, por la profundidad de su conocimiento y la generosidad con que lo compartían con quienes tuvimos la fortuna de ser sus alumnos; también recuerdo las asignaturas cursadas con Cecilia Espinosa y Andrés Posada, por la forma de involucrar a los estudiantes en su proceso de aprendizaje, y por último, a las clases con el maestro Mario Gómez — Vignes, que viajaba de Cali a Medellín varias veces durante el semestre para dictar clases de Análisis de la Forma y Contrapunto y que eran tanto una oportunidad para aprender como un verdadero reto al intelecto. Mis profesores de Historia de la Música, Jorge Gaviria y Fernando Gil, merecen una mención especial, pues fue gracias a la pasión con que la enseñaban sus clases que me interesé en el estudio de este campo.

De hecho, gracias a Fernando Gil, que hoy es jefe del Departamento, tuve mi primera experiencia en la investigación musical. En 2003 él me invitó a realizar mi práctica profesional como asistente en un proyecto de investigación que estaba realizando sobre la música en los concursos de música de Colombia organizados por Fabricato e Indulana Rosellón entre 1948 y 1953. En dicha investigación, se consultaron partituras y fuentes documentales que habían sido donadas en época reciente por Fabricato a la Biblioteca Luis Echavarría Villegas gracias a la gestión de Fernando y de María Cristina Restrepo, que entonces era la directora de dicha dependencia y estaba liderando la creación de la Sala de Patrimonio Documental, que fue coordinada primero por Martha Gil y luego por María Isabel Duarte.

De esta manera, desde mi época de estudiante de pregrado me fui involucrando en el tema de la investigación musicológica mientras participaba en la creación y organización de la colección de música de la Sala de Patrimonio Documental. En esta parte de mi formación fue fundamental el grupo de Estudios Musicales, en particular de la Línea de Investigación en Musicología Histórica, de la que hicimos parte varios estudiantes que luego continuamos nuestra formación de maestría, como Luisa Fernanda Pérez, Julián Botero y Sebastián Mejía.

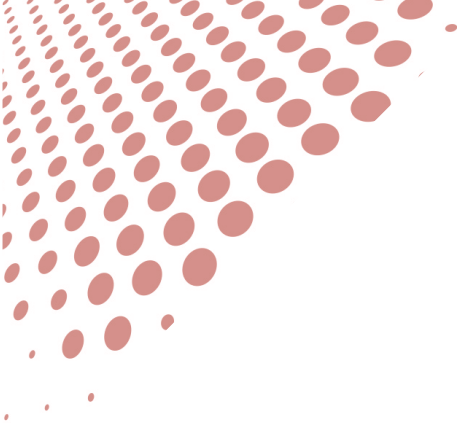
A la cesión inicial de Fabricato siguió una serie de donaciones y adquisiciones que enriquecieron en forma considerable la colección de música de la Sala de Patrimonio Documental, hasta transformarla en uno de los principales centros de documentación musical del país. Entre ellas recuerdo, por su diversidad y valor documental, las donaciones hechas por las familias Bravo Betancur, Duque y Camargo Restrepo, por Rafael Vega Bustamante y Juan Fernando Molina Jaramillo y las adquisiciones de las colecciones de El Carnero, de Pablo Arévalo y de la emisora La Voz de Antioquia. Participar en la organización y la clasificación de una parte de lo que hoy es esta colección no solo fue fundamental en mi formación, sino que también fue una experiencia que recuerdo con gran aprecio y cariño.

Cambios y transformaciones

Aunque mi época como estudiante de pregrado finalizó en 2005, cuando era jefe del Departamento de Música Jorge Gaviria, continué vinculado con la universidad, primero como asistente de investigación y, a partir del 2007, como docente de cátedra. Durante mis años como docente tuve el privilegio de conocer e interactuar con muchos estudiantes, tanto en materias que se ofrecían en forma exclusiva para estudiantes de música –en especial en el preparatorio para el programa de pregrado– como de otros departamentos, por medio de cursos que hacían parte de lo que en un principio se conoció como “Ruta de Formación en Música” y luego se integraron en lo que en el momento de mi retiro de la universidad se conocía como “Núcleo de Formación Institucional,” que era coordinado por Mauricio Balbín en la época de mi viaje a los Estados Unidos en 2013. También recuerdo que durante el último año que pasé en Colombia tuve el privilegio de participar en el programa “Saberes de Vida”, al que siempre recuerdo con gran cariño por la maravillosa oportunidad que tuve de dialogar y aprender de la mano de adultos que siempre mostraron un encomiable amor por el conocimiento.

Enseñar en la que antes había sido mi alma mater fue una experiencia que fue bastante gratificante y de la que aprendí múltiples y valiosas lecciones; recuerdo con gran aprecio a muchos jóvenes que fueron mis alumnos en aquellos años y me complace ver cómo hoy son músicos profesionales que se destacan por la calidad de su trabajo y la alegría y la pasión con que lo hacen.

Otro espacio que contribuyó de manera significativa a la renovación y la evolución del Departamento de Música fue la creación del programa de formación para niños,



jóvenes y adultos en el Centro de Educación Continua, al que estuve vinculado durante algunos años. Una lista de los coordinadores de este programa incluye a Fernando Gil, Maritza Castañeda, María Victoria Espinosa, la siempre recordada Sandra Pérez, Vania Avello, Catherine Correa y Carolina Castro. Este programa creó un espacio en el que muchos egresados y estudiantes avanzados del programa han podido participar en la formación de muchos niños y jóvenes estudiantes que en algunos casos continúan su educación musical universitaria en el Departamento de Música.

Durante mis años en la Universidad EAFIT también tuve la fortuna de poder mantener el contacto con muchos de mis antiguos profesores y colegas después de graduarme en el programa de pregrado, ya que fui miembro de la Orquesta Sinfónica entre 2002 y 2013. En este punto quisiera detenerme por un momento y hablar un poco de la agrupación. La orquesta, que inició labores en 2000 bajo la dirección de la maestra Cecilia Espinosa y la gestión administrativa de Hilda Olaya, es un proyecto que surgió como respuesta a la necesidad de un espacio en el que los estudiantes del departamento pudieran interactuar con sus profesores para enriquecer su experiencia profesional.

Durante los dieciocho años de su existencia, la orquesta ha tenido la fortuna de contar el decidido apoyo de los rectores Juan Felipe Gaviria y Juan Luis Mejía, respaldo que ha hecho de ella una parte importante de la vida cultural de la universidad y una contribución significativa a la difusión de la música académica, la formación de intérpretes y el espacio del ejercicio profesional de la música en la ciudad. Durante los once años que fui miembro de la orquesta no solo experimenté la transición de un ensamble que se reunía un par de semanas al mes a uno que ensayaba con regularidad durante varios meses al año. También viví experiencias que marcaron mi vida profesional.

Por ejemplo, recuerdo la impronta que en mí dejó la interacción con Carlos Villa, Carlos Rocha y Williams Naranjo, que fueron mis maestros de violín, y con otros que son o han sido docentes del programa y con el tiempo se transformaron en apreciados colegas, como Alexander Ziborov, José Luis Camisón y Javier Asdrúbal Vinasco. En mi opinión, el profesionalismo y la dedicación de muchos de mis colegas ha sido un ejemplo para mí y muchos de mis compañeros en la orquesta.

También, gracias a la orquesta tuve el privilegio de haber acompañado intérpretes de la talla de Francesco Belli, Rodolfo Mederos y Frank Fernández y la agrupación Puerto Candelaria, o haber interpretado música nueva compuesta por profesores, estudiantes y egresados del departamento como Víctor Hugo Agudelo. Por ello, el día de hoy recuerdo la emoción que sentía al tener el privilegio de hacer música con colegas que me inspiraban con su esmero, empeño y dedicación, y quisiera hacer mis votos para que la orquesta siga creciendo y consolidándose como una institución de primer nivel.

Como estudiante de pregrado, y luego como miembro de la orquesta y docente de cátedra, también pude apreciar cómo el Departamento de Música contribuyó de manera significativa a diversificar la comunidad académica de la Universidad EAFIT.

Desde mi llegada pude notar que el espectro de los estudiantes se diversificó con la presencia de músicos que venían de municipios cercanos a Medellín, como El Retiro, San Vicente, Marinilla y La Ceja, o que se habían formado como intérpretes en La Red de Escuelas de Música del Municipio de Medellín. En muchos casos, entre los que me incluyo, la presencia de muchos de estos estudiantes fue posible gracias al generoso apoyo que se nos ofrecía por medio de becas como las de la Corporación Amigos de EAFIT y las de la ANDI. El impacto de dicho apoyo ha regresado al departamento de manera positiva, pues algunos de los antiguos beneficiarios de dichas becas se desempeñan al día de hoy como docentes de la institución, como es el caso de León Giraldo. Es un proceso que, según tengo entendido, sigue al día de hoy gracias a la alianza que existe entre el Departamento de Música e Iberacademy.

Un cambio significativo que pude experimentar de primera mano cuando ya era docente de cátedra fue cómo el crecimiento del programa introdujo cambios en su plan de estudios y la creación de una nueva línea de énfasis. En mi época de estudiante de pregrado existían cuatro líneas principales de formación en el departamento: composición, interpretación instrumental, canto y dirección. Sin embargo, existía en Medellín un interés creciente por el jazz y de hecho muchos de los estudiantes avanzados y exalumnos del departamento ya eran miembros activos de los circuitos locales, nacionales e internacionales de jazz. La respuesta a dicho interés fue la creación del énfasis en Jazz en el Departamento de Música, una línea que surgió de la mano de Eugene Newman y que pronto quedó en manos Samuel Farley, que aún lo coordinaba en 2013. La unidad académica también creció con la llegada de la maestra Blanca Uribe, notable pianista y pedagoga, a quien se unieron nuevos profesores como Marco Alunno, Javier Arias y Braunwin Sheldrick, y exalumnos que había adelantado estudios de doctorado en el exterior, como Andrés Gómez y Víctor Hugo Agudelo.

La creación de la primera maestría en música que tuvo el país, que empezó sus actividades en 2008, también implicó una notable transformación del Departamento de Música. Puedo decir con orgullo que tuve el privilegio de hacer parte de la primera generación de egresados de la maestría, y junto con mi amiga y colega Amparo Álvarez, estar entre los primeros egresados en la línea de musicología histórica en 2011. Ambos contamos con la fortuna de haber sido asesorados por Fernando Gil en nuestra tesis de maestría. Entre mis condiscípulos en aquella primera cohorte estaban, entre otros, Wilfer Vanegas, Sandra Sánchez, Juan Carlos Ríos, Rodrigo Vasco, Jaime Uribe, Julián Toro, Bernardo Cardona, José Antonio García, Andrés Yepes, Sandra Lorena Caicedo, Sandra Pérez, Yaddy Moreno, Giondano Bastián Cordero, Juan David López y Victoria Ziborova. Hoy, al mirar atrás, recuerdo con nostalgia aquellas tardes juntos en las aulas de la universidad, un espacio, en el que, si bien hoy no estoy por asuntos del destino, siempre añoro con cariño y profundo agradecimiento. Por eso, desde la distancia envío mis mejores deseos a mi *alma mater* en su vigésimo aniversario y espero que ella siga siendo un espacio diverso, en el que florezcan la música y la creatividad en un ambiente con ansias de reinventarse cada día.